

al dictador, so pena de cárcel o muerte. Ya en la mente de Marx,—quien por ser de raza semítica tenía que propender a esta deificación de los que ejercieran la nueva dictadura por él proclamada,—como en la mente de Sorel, apuntó esta consigna de endiosar a los dictadores del materialismo histórico. Pero la práctica ha excedido hasta la deformación esta consigna y el endiosamiento que se ha visto de un Lenín, que se ve de un Mussolini es tal, que ni siquiera entre los esclavos de los sátrapas se practicó de esa manera. Y en este estado de un servilismo peor que el de los esclavos de un mundo que ya casi parecía ido para siempre, ¿cómo ha de ser posible la reacción que impida a Europa, quizás a todo el mundo, caer en el abismo al borde del cual está marchando?

Busco, en mi anhelo de probarme que me engaño, otros aspectos de la realidad social y política en que ya comienzo a transitar. ¿No será posible que si no de las actuales juventudes, sí a lo menos de las nuevas generaciones venga la reacción anhelada? ¡Ah! No bien me he planteado esta pregunta cuando ya veo el extravío, la corrupción,—no se puede llamar de otro modo,—y el perdimiento fatal por donde se están conduciendo no sólo las juventudes, sino las generaciones que ni siquiera han salido de la infancia. ¿No resuenan en Italia por todas partes las cornetas, tambores y hasta fusiles de